

CELCIT. Dramática Latinoamericana 359

DESPROPÓSITO

Leonel Giacometto

Aún hilando más fino podríamos agregar que el teatro vivo sobre la escena, la organicidad que buscamos en la actuación, implican un cierto riesgo de que cada noche de función aparezcan matices diversos, dependiendo de la mayor o menor entrega del juego escénico y de los "accidentes" que tiñen el curso vivo de la interacción real.

Raúl Serrano - Nuevas tesis sobre Stanislavski - Editorial Atuel, Buenos Aires, 2004

PERSONAJES: M (2) / F (2)

Personajes / Intérpretes:

La mujer que escucha / Actriz que hace de La mujer que escucha

El hombre que mira / Actor que hace de El hombre que mira

La mujer que siente / Actriz que hace de La mujer que siente

El hombre que siente / Actor que hace de El hombre que siente

Monoambiente en el que hay pocos muebles; tan sólo una silla, una mesa, un pequeño velador y un sillón de tres cuerpos junto a otro sillón de un cuerpo. Del techo pende una lamparita que nunca está encendida. Siempre hay penumbra y el velador da una tenue luz amarilla.

Ingresa La mujer que escucha y El hombre que mira. Silencio. Ella se sienta en el sillón de un cuerpo. Él, en el sillón más grande. Silencio. Ella emite un profundo suspiro.

La mujer que escucha (Luego del suspiro.): Sí.

El hombre que mira: Por momentos es violento.

La mujer que escucha: Sí.

El hombre que mira: Por momentos es desesperado.

La mujer que escucha: Sí.

El hombre que mira: Ella va a su casa los miércoles a última hora, sólo para coger.

La mujer que escucha: Sí.

El hombre que mira: Él.

La mujer que escucha: Sí.

El hombre que mira: Ella.

La mujer que escucha: Sí.

El hombre que mira: Al principio bajaba de un taxi pero últimamente desciende de un colectivo que la deja en la esquina del edificio. Ella. Del 107. El 107 es un colectivo.

La mujer que escucha: ¿Importa?

El hombre que mira: Antes se bajaba del taxi y muy rápido tocaba el timbre del portero eléctrico. Presionaba una sola vez -como también lo hace ahora-. Nadie contestaba del otro lado y en contados segundos estaba ingresando al edificio - como también lo hace ahora-. Él la espera sentado en la única silla que hay en el monoambiente, junto a la única mesa. ¿O es un sillón?

La mujer que escucha: No importa.

El hombre que mira: ¿No importa?

La mujer que escucha: No.

El hombre que mira: Es el sexto piso. El "A"; aunque no estoy muy seguro. Podría ser el "B" o "C".

La mujer que escucha: No importa.

El hombre que mira: ¿No importa?

La mujer que escucha: No.

El hombre que mira: Es un edificio enorme con muchos departamentos por piso.

La mayoría son monoambientes y están habitados por estudiantes.

Silencio.

El hombre que mira: Ella ingresa. La puerta está sin llave. Se desnudan inmediatamente. Después ella se va sin quedarse a dormir. Se viste rápidamente y se va sin saludar; sin despedirse. Cuando ella se va, él se masturba y luego sale. Se viste y se va. En el monoambiente hay pocos muebles; tan sólo una silla, una mesa, un pequeño velador, y algo parecido a un sillón. Del techo pende una lamparita que nunca está encendida. Siempre hay penumbra; del velador sale una tenue luz amarilla. Sin embargo es posible observar los más mínimos detalles. Hace meses que vienen haciéndolo y casi lo mismo que vengo observándolos. No sé cómo fue su primer encuentro. La primera vez que los vi, al parecer, ya habían establecido un secreto y tácito código. No tengo idea de quiénes son, ni dónde viven, ni de qué lugar viene cada uno. No ponen música, no beben; ni siquiera hablan entre ellos. Sin embargo, lo que sucede en ese monoambiente junto enfrente de mi departamento es un espectáculo digno de una representación teatral en el que todo, menos la luz, está permitido.

La mujer que escucha saca una pequeña libreta en la que escribe.

El hombre que mira: ¿Qué escribe?

La mujer que escucha: Frases.

El hombre que mira: ¿Cuáles?

La mujer que escucha: ¿Usted qué piensa?

El hombre que mira: Al principio me pareció intrigante y, semana tras semana, quería averiguar de qué se trataba. Cuando supe que se encontraban sólo los miércoles por la noche, comencé a llegar más temprano a mi casa. (Silencio breve.) Compré un telescopio con la tarjeta de crédito para observarlos mejor. Siempre el mismo rito de desnudarse velozmente y tirarse en el sillón, en el piso. Ella parece más joven y posiblemente lo sea. Él es enorme comparado con ella.

Silencio algo extenso.

La mujer que escucha: ¿Si?

El hombre que mira: Mi imaginación les creó una historia, y hasta un nombre para

cada uno.

La mujer que escucha: ¿Nombres? ¿Hay nombres?

El hombre que mira (Tocándose la cabeza.): Aquí. Él se llama Ariel y tiene 45 años. Ella tiene un nombre simple: se llama María y tiene 20. Por su aspecto, Ariel es profesor universitario. Profesor de Letras. Ella es su alumna. Hace meses que viven una relación silenciosa y clandestina. Él es casado y tiene dos hijos de casi la misma edad de María. Ella es tímida y él fue su primera relación amorosa. Como sucede con la mayoría de la gente, la primera vez, quizás, hablaron de pavaditas sobre la universidad. Después se produjeron largos e incómodos silencios durante los cuales se miraron sin saber qué hacer. Estaban sentados en algún rincón de la facultad y, cuando se pararon los dos al mismo tiempo, él le dio un papelito en el que estaba escrita la dirección del monoambiente.

Silencio.

La mujer que escucha: ¿Entonces?

El hombre que mira: Entonces... (Se interrumpe.) Ahora que lo pienso bien, teniendo en cuenta que el edificio está lleno de estudiantes, quizás Ariel no sea profesor y quizás ella no sea su alumna. Tal vez, él es su patrón y ella su empleada. (Pausa breve. Piensa.) No creo que sea su secretaria, no me parece tan simple la cuestión.

La mujer que escucha: ¿No?

El hombre que mira (Poético.): En la penumbra, cubiertos de una pálida luz amarilla, prueban distintas posturas amorosas. Por momentos, él parece violento; casi desesperado. Sin embargo ella lo calma con caricias. Le propone caricias y le muestra cómo es explorarse mutuamente. Es dulce. La situación es dulce.

La mujer que escucha: La situación es dulce.

El hombre que mira: Muy dulce.

La mujer que escucha: ¿Cuán dulce?

El hombre que mira (Después de un breve silencio.): Más de una vez, no sé cómo decirlo, por momentos una especie de envidia recorría mi cuerpo al verlo a Ariel

junto a María. Casi siempre, justo en el momento exacto de acabar, ella lo sujeta con sus piernas y lo mira profundamente. Él le muerde el cuello y se derrama dentro de ella. Nunca vi que hablaran.

La mujer que escucha: ¿Nunca?

El hombre que mira: Jamás se hablaron dentro de ese monoambiente. Quizás se susurren obsenidades.

La mujer que escucha: ¿Cuáles?

El hombre que mira: Quizás ella le pida que le... le... (Titubea y lo dice bajo y con algo de rencor.) chupe las tetas. Porque él pasa largo rato acá, (Se toca la mitad del pecho.) en el valle. Después siempre, primero, la izquierda; la que desde mi ventana parece más grande que la otra. Y no se las besa... Se las chupa. Succiona como esperando que salga algo... Y a mí ya me da asco. Y ahora más... Ahora yo...

La mujer que escucha: ¿Qué? ¿Más asco?

El hombre que mira: Los miércoles eran, o son, qué sé yo, los mejores días de la semana. Mi semana empezaba y terminaba un miércoles. Todos los miércoles. Semanas de un solo día. (Simula tener delante el telescopio.) Dejo mi departamento en penumbras, lentamente me acerco a la lente, cierro el ojo izquierdo y con el derecho la observo. A ella. Porque es a ella a quien observo realmente. A María... Esa mujer, bah, esa chica, como dije, para mí se llama María y tiene desde acá (Se toca el ojo derecho.) las mejores... No, las mejores no... María tiene tetas tiernas que me hablan.

La mujer que escucha sonríe.

El hombre que mira: Sí, me dicen cosas de ella... (Silencio.) Yo... Yo... Soy inofensivo, soy... Soy más tierno que sus tetas. Hacía mucho tiempo que nadie reavivaba mi esperanza. De repente, un miércoles, la curiosidad se convirtió en amor. Es amor, aunque no sepa nada de ella y, al mismo tiempo, conozca cada mínimo detalle de su cuerpo. (Silencio.) Un jueves, me desperté sabiendo que la amaba. Y me sentí patético. Me dio vergüenza haber pasado tantos meses mirando cómo... (No se atreve a decirlo.) Me dio vergüenza, sobre todo, mi

soledad. Y me sentí la criatura más despreciable y sola del planeta. Supongo que habré soñado con ella. Nunca me acuerdo de lo que sueño. Aunque sé que todas las noches sueño, cuando me despierto, sólo tengo sensaciones y alguna que otra imagen suelta. Esa mañana me desperté enamorado de ella pero no me acuerdo qué soñé. Sólo una sensación, la de... la de morirme de amor por ella.

Silencio.

El hombre que mira: Era una cosa rara, pocas veces la experimenté así. Era, es como si me estuviera muriendo de hambre. Hambre de amor. (Silencio. Pausa breve.) Todo parecía en cámara lenta, todo estaba como detenido en un momento exacto.

La mujer que escucha: ¿Cuál?

El hombre que mira: No lo sé. (Silencio breve.) No saber es hermoso, pero yo estoy decidido... (Titubea.) Decidido. (Silencio breve.) Casi podía olerla esa mañana. Por primera vez sentí su olor; su verdadero olor. Su olor real estaba aquí. (Se toca la cabeza y luego el corazón.)

Apagón lento. Pausa con oscuridad. Luz del velador. Penumbra. La mujer que escucha y El hombre que mira siguen en sus respectivos lugares. En un sillón está sentado El Hombre que siente. Ingresar La mujer que siente. Pausa. Comienzan a desnudarse y realizan el rito erótico descrito por El hombre que mira.

El hombre que mira: Pero, hace más o menos una semana, algo sucedió. No estoy muy seguro de qué fue lo que pasó el último miércoles que ella estuvo en ese monoambiente, pero él intentó hacer... hacerle algo que ella no quiso. Y se fue. Vi su rostro enojado... Se le había achicado la cara de lo enojada que estaba. Enojada, sí. Yo, desde mi ventana quería gritarle "¿Adónde vas? ¿Adónde? ¿Adónde?" ... Pero, obviamente, no lo hice. (Silencio.) Al miércoles siguiente no apareció y él se quedó toda la noche esperándola. Igual que yo.

La mujer que siente deja la situación con El hombre que siente. Se cubre con lo primero que encuentra (una manta o una sábana) y viene a sentarse en el sillón

donde está El hombre que mira. Este la mira entre desconcertado y sorprendido. Silencio extenso. La mujer que siente, que estaba algo nerviosa, paulatinamente, se calma.

La mujer que siente (A La mujer que escucha.): Yo no ando muy bien. Aquí hay algo que no logro entender del todo.

La mujer que escucha: Yo tampoco.

La mujer que siente: ¿Cómo?

La mujer que escucha: Nada.

La mujer que siente: No sé qué será pero, bueno, no, qué sé yo, quizás sea yo... Es que no ando muy bien... Pero ahora, qué sé yo, acá sentada, me veo y pienso, qué sé yo, me digo que se me va a hacer muy difícil mantener (Hace comillas con las manos.) "el hilo" ... (Se sincera.) Hoy no es un buen día para mí. No fue una buena semana y hoy como que hice crisis. Nunca me gustó y nunca lo intenté, sólo... (Se interrumpe.) Bueno, no sé, quizás sí. Sí.

La mujer que escucha: ¿Sí?

La mujer que siente: Estoy tratando de perderme.

La mujer que escucha: ¿Qué?

La mujer que siente: No, no es eso. No quiero perderme. Quisiera entender un poco más cómo suceden las cosas. (Silencio.) Esta ciudad es peligrosa. Peligrosa y absurda. Absurdamente peligrosa. Peligrosamente absurda. Las dos cosas al mismo tiempo. (Silencio. Cómplice.) ¿Nunca le pasó que durante unos días, por todos los medios posibles, intentó no cruzarse con una persona pero justo, justo, qué sé yo, en el lugar menos indicado, en el que nadie le creería si lo contara, ahí, aquí, justo se la encuentra? Pasa, sí, pasa. El tema es... O, bueno, qué sé yo, el problema es que, en la situación en la que me encuentro, no puedo decir las (Hace comillas con las manos.) "frases clásicas"

La mujer que escucha: ¿Cuáles?

Silencio extenso.

La mujer que siente: No, no. No. No es eso lo que quiero decir. Perdón, perdón. No es eso.

La mujer que escucha: ¿Qué es entonces?

La mujer que siente: Son más las cosas que no puedo decir que las que sí. Ni siquiera sé su nombre. Estoy enojada con él. Hace una semana ya. Pero, no sé, qué sé yo, no creo que dure mucho más mi enojo. Después de todo, no es tan (Hace comillas con las manos.) "raro" lo que me pidió. Y quizás mi enojo se confundió con el miedo. Me entró como pánico cuando... (Se detiene y hace un silencio abrupto.) Es miedo, lo sé, porque ahora casi no puedo decirlo sin que se me ponga la piel de gallina. (Silencio breve.) Debe estar confundido. No debe entender muy bien dónde está. (Silencio breve. Piensa) Bah, quien más quien menos... ¿Es aburrido todo mi palabrerío?

Silencio.

La mujer que siente: ¿Lo es?

La mujer que escucha: No, no.

La mujer que siente: Me gustaría poder decir exactamente quién es él para mí. Pero no logro una palabra exacta. No es mi novio. No es mi pareja. Me lleva muchos años para ser mi pareja o novio. No me veo con él en una relación. No veo casándome con él. Tampoco es mi amante. Generalmente se sabe, al menos, el nombre del amante, ¿no? (Piensa.) Aunque no, es mi amante sí. Es raro... Bah, más que raro es sorprendente. Hace meses que estoy (Hace comillas con las manos.) "viéndome" con él y ni siquiera sé su nombre. Tampoco sé cómo es su voz. Conozco sus gestos... hasta sus gemidos, pero no sé cómo es su modo de... Sin embargo es tan... dulce. Era tan dulce, ahora no sé qué pensar.

Silencio. El hombre que mira, en silencio, se emociona; llora en silencio.

La mujer que siente: Una vez fui a su encuentro con la certeza de que le diría: "Es hora de que hablemos". Pero no pude. Él me... me envolvió en él y yo me envolví en él. Siento que soy, en ese único día que nos encontramos -que nos

encontrábamos-, tan suya como él es tan... tan mío. (Silencio.) Todos los miércoles nos encontramos. Siempre de noche o cuando empieza a anochecer. En un monoambiente que parece desocupado. Me da mucho pudor contar cómo fue qué fui allí por primera vez. No es... No fue fácil para mí subir y saber que allí, detrás de esa puerta, me esperaba un hombre del cual no sabía -no sé- absolutamente nada. Nada. No sé si ese departamento es suyo o si se lo prestan para (Hace comillas con las manos.) "la ocasión". Si tiene amigos, si habla de mí con... (Se interrumpe.) Y, sin embargo, el hecho de no saber me gusta. Por eso creo que en poco tiempo iré, volveré a él y lo miraré y le haré un gesto de, ¿cómo decirlo?, bienvenida. (Silencio.) Pero vamos a seguir así, sin hablar... ¿Qué mejor que el vocabulario de las caricias? (Silencio.) Las palabras se deforman en la boca. ¿Qué cosa podría deformar un beso?

El hombre que siente se para, semidesnudo y cubriéndose con lo que primero que encuentra. Viene a sentarse al sillón donde están los otros. El hombre que mira queda en el medio. Pausa con silencio. Algo de asombro.

El hombre que siente (A La mujer que escucha.): Es sólo un momento.

La mujer que escucha (A La mujer que siente.): Así es su voz.

Silencio.

El hombre que siente (A La mujer que escucha.): Algo... Algo se me atravesó en la cabeza. Acá. (Se toca la sien izquierda.) De acá hasta acá. (Se toca la nuca y, al rato, emite un gran suspiro parecido a una queja.) Ahhhh... Pero ya pasa... Ya pasa... Es que yo no ando bien. Desde hace un tiempo que aparecen. Siempre de acá hasta acá. (Se toca de la sien izquierda a la nuca.) Siempre. Son como punzadas que se inflan y se desinflan. Como si respirasen. Como si algo quisiera salirse. A veces pienso que un día se me va a abrir la cabeza y va a salir, no sé, un manitú.

La mujer que escucha: ¿Un manitú?

El hombre que siente: Un manitú. No sé exactamente qué son pero me hablaron

de ellos.

La mujer que escucha: ¿Quién?

El hombre que siente: ¿Quién qué?

La mujer que escucha: ¿Quién habló de ellos?

El hombre que siente: ¿A mí?

La mujer que escucha: Sí.

El hombre que siente: No recuerdo ahora. Es muy difícil para mí a... (Se interrumpe.) Son algo así como ícubos, seres que se forman en el cuerpo de uno... De cualquiera y chupan la energía hasta nacer. Me contaron de alguien que tenía un ícubo en la espalda y estuvo sufriendo veinte años con él hasta que nació de la espalda y el pobre hombre murió destrozado...

La mujer que escucha hace un gesto de desagrado.

El hombre que siente: No, no, no se asuste... Es jaqueca... Los ícubos no existen... Es metáfora. El dolor sí. El dolor existe.

Silencio.

El hombre que siente: Es orgullosa. Como yo. (Hace un gesto de dolor.) Otra vez. Es más leve ahora, pero otra vez la punzada respira dentro de mi cabeza. Y es por ella.

Silencio.

El hombre que siente (Después de un gran suspiro.): Es que... Es que... (Titubea hasta que encuentra las palabras.) Tengo tanto... Todo el amor que no pude darle está acumulado en mi cuerpo. Tantos años de no saber qué hacer con este amor que ahora pugna por salir todo junto... Jamás pensé que dolería tanto. Pero sí. Sí.

La mujer que escucha: ¿Perdón?

Silencio. Pausa larga.

El hombre que siente: Hace mucho tiempo conocí a un perro enamorado. No sé de qué raza era. Probablemente de ninguna. Se llamaba Patán, como el perro ése de los dibujitos de hace mucho... Ese perro que siempre sonreía socarronamente ante la desgracia ajena... Pero éste era distinto... Patán era de un amigo a quien yo visitaba de vez en cuando. Un día, estando en la casa de mi amigo, mientras conversábamos ya no recuerdo de qué, presencié el momento exacto en que Patán se extasiaba de amor ante un disco de Tom Jobin. Y no era la música sino el objeto. Un disco de vinilo de Jobin provocaba marasmos de amor al pobre perro.

Silencio.

El hombre que siente: Es extraño, lo sé, pero a veces oigo aquí (Se toca la cabeza.) al perro gimiendo suavemente y arrojándose sobre el disco con un lamento que, para mí, fue a todas luces el del placer. (Pausa breve.) Una intensa mueca atormentada de ternura. (Pausa breve.) Y se me da por pensar ahora en todas las imposibles historias de amor. ¿Qué podía el perro, con su cuerpo y sus reacciones tan de perro, hacer ante un cuerpo que no se le parecía absolutamente en nada? ¿Morder? ¿Masticar el cuerpo de plástico de su amor? (Sonríe levemente.) Recuerdo que me acerqué a Patán y lo miré profundamente. Lo miré tratando de aquietar su enamorada respiración y le dije: "¿De qué te va a servir, pequeño monstruo, tomarlo entre tus fauces como deseás?". Un placer insólito. Un amor incomprensible, desconcertante, desproporcionado... (Pausa breve.) Una tarde, más adelante, charlando en un café, mi amigo me cuenta que, finalmente, Patán había destrozado su disco de Tom Jobin. Y yo me quedé pensando, entonces, en el goce fugaz pero eterno de ese perro al poseer, con estilo de perro, aquel disco que lo hacía sufrir de amor.

Silencio. Pausa larga. El hombre que mira está incómodo y La mujer que siente comienza a llorar en silencio.

El hombre que siente: Mi tesoro. Mi honra. Mi placer. Ella es la forma más perfecta para olvidarse de todo. (Pausa breve.) Está enojada conmigo. Una pavada... Una pavada que ya dura más de una semana. (Pausa. Titubea.) Soy un cobarde. Y sí, lo era. Lo fui y por eso desde hacía diez años no hice otra cosa más que buscarla. No fue fácil. No es fácil ahora que ya estamos juntos. Juntos como nunca lo estuvimos... (Cambia. Con el dedo índice izquierdo se acaricia el reverso de su mano derecha.) Suavemente me acaricia sin decir una palabra. Me acariciaba. Me acariciaba y se miraba el dedo con el cual me... Y yo, (Se toca la sien izquierda.) yo, yo me sentí... Sentí que estaba como cuando...
 La mujer que escucha (Interrumpiendo groseramente.): Basta.

Pausa extensa con silencio. La mujer que siente, inmóvil, llora casi sin parpadear. El hombre que mira llora sorprendido. El hombre que siente, también, llora.

La mujer que escucha: ¿Por qué las lágrimas?

El hombre que siente: ¿A quién?

La mujer que escucha: No lo sé.

Silencio.

La mujer que escucha: ¿Qué es lo que intenta decirnos?

El hombre que siente: ¿A quién?

La mujer que escucha cambia. No soporta la situación. En realidad es la actriz que representa el papel quien no soporta la situación.

La mujer que escucha/Actriz (Con titubeos y nerviosismo.): ¿Qué es lo que yo tengo que creerme? (Pausa.) Hay algo que yo no entiendo en todo esto y no puedo más. Discúlpeme. (A El hombre que siente.) ¿Yo tengo que creerme que vos eras el padre de ella?

Silencio.

Actriz: ¿Eso tengo que creerme? ¿Y quién sería yo? ¿La psicóloga? ¿La psiquiatra? ¿La doctora? ¿Quién? ¿Qué personaje tengo que inventarme? ¿Y dónde estamos realmente? ¿En el monoambiente donde pasaba todo? (Señalando a El hombre que mira.) Y si es así, ¿qué hace él aquí? ¿Qué hago yo aquí? Desde el principio dije que esto no tenía ni pie ni cabeza. Discúlpeme. Desde el principio dije que era muy fuerte mostrar un incesto. Desde el principio dije que era innecesario, que no hacía falta, que es muy fuerte hacer esto. ¿Para qué? ¿Con qué afán? ¿Para qué? ¿Eh? (Al público.) ¿Era esto necesario, díganme? ¿Qué indicios tuve yo para saber que ella era su hija? ¿Qué indicios tuvieron ustedes? Todo artificio y simulación. Ni siquiera lloran en serio. Simulan algo que no vivieron. Pobre gente, al fin de cuenta. Y no, no piensen que esto es un truco teatral. Que esto, que yo ahora, así como estoy, soy un truco teatral. Porque no estaba previsto, porque yo no era la actriz pensada para esto, porque yo... (Se interrumpe.) Porque este no era el final. Este no es el final. El final era otro. En el final pasaba otra cosa. Yo hablaba y decía otra cosa. Llorábamos todos. "Cerraba" esto, cerraba la historia y quedaba en evidencia un incesto... Eso... Ni más ni menos... Y ellos seguían simulando este llanto. Así. (Señalándolos.) Pero acepté hacer esta obra sólo para decir esto, que estoy harta de estas cosas arriba del escenario. A fin de cuentas, ¿qué pierdo? Si yo no vivo de esto, si nadie de los que está acá vive de esto. ¿Para qué este sufrimiento simulado? ¿Para qué? Harta. (Sale.)

Los tres permanecen inmóviles, llorando, "como si nada".

El hombre que mira: ¿Qué hago yo con todo eso ahora?

La mujer que siente: ¿Y yo?

El hombre que siente: ¿Y yo?

Apagón.

Leonel Giacometto. Correo electrónico: lgiacometto@gmail.com /
leonelgiacometto@yahoo.es

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2011

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. Correo electrónico:
correo@celcit.org.ar